

NUESTRAS ENTREVISTAS

Madres filipinas, ¿queréis que vuestras hijas crezcan en gracia, a la par que en estatura? Dejadlas en manos de Mrs. Carmen Kleinman (*nee* Chuchi Macleod), profesora de baile de la Academia de Música, cuyas alumnas dieron su primer recital coreográfico, hace poco, con gran complacencia y aprovechamiento de dos diosas: la diosa Caridad y la diosa Terpsicore.

¿Queréis saber la profesión de fe de esta jóven maestra del arte de Pavlova y de Isadora Duncan? Ahí va:

—Las jóvenes de hoy deben convencerse de que el atletismo, el amor a los deportes, hace a las mujeres *hombrunas*. En cambio, el estudio de la danza, el baile clásico, las hace *graciosas*...

¿Qué si las hace realmente graciosas? El mejor botón de muestra es ella misma, la amable y gentilísima profesora, que así me habla en la sala de su reclusa residencia, en la calle Del Pan, Pasay, y que parece talmente un rincón del paraíso perdido...

Muebles antiguos y bibelots modernos se hallan distribuidos por la estancia en un elegante desorden. Al subir, encontré a una dama con una niña, la hija Nena del representante Manuel Nieto, por Isabela, que tanto se lució en la noche de la función, y que sólo hacía poco más de una semana que tomaba lecciones de Mrs. Kleinman.

Al poco rato, salió a recibirme el hada de la casa, la profesora en persona, excusándose de aparecer con un sencillo *haori coat* negro, echado repentinamente sobre su traje de baile—camisa escotada de *crepe* blanco, que asomaba por el cuello, y breve pantaloncito rojo con motitas blancas, que dejaba al descubierto, al más ligero movimiento, o a la más leve caricia del viento, sus extremidades inferiores, blancas y mórbridas.

Después de saludarnos, de un salto felino y gracioso se echó sobre un sofá de mimbre, con las piernas retrechosamente plegadas sobre el mismo asiento, y con la misma familiaridad natural de quien se halla en su casa y quiere hacer sentir al visitante la misma sensación de comodidad y desembarazo, me invitó a sentarme en el otro extremo del sofá.

—¿Lleva usted enseñando mucho tiempo el baile, señora?

—En Manila, muy poco. Llegué solamente en marzo del año pasado, con mi marido, el tenien-



MRS. CARMEN KLEINMAN

te E. A. Kleinman, del cuerpo de artillería de costa del ejército americano; y en julio, cuando se abrieron las clases de la Academia de Música, empecé a enseñar.

—¿Cuántas discípulas tiene?

—Entre las privadas y las de la Academia, creo que tendré ahora alrededor de cincuenta.

—¿Todas jóvenes?

—Tengo alumnas de todas las edades: niñas, jóvenes y maduras. Desde las que empiezan a caminar casi, hasta las que ya empiezan a peinar canas. Esto en Filipinas apenas se concibe, porque todavía se considera el aprendizaje del baile—fuera de lo otro que se aprende o se desfigura tan fácilmente en los salones—como un lujo; y no como una necesidad. En los Estados Unidos, hay escuelas públicas y privadas, donde a la vez que, o en vez de, los deportes, se enseñan a las niñas los bailes clásicos; porque éstos, además del ejercicio físico que entrañan, envuelven también un placer estético, una gracia infinita, que

sólo los juegos atléticos jamás podrán comunicar.

Su voz, de modulaciones apacibles y capciosas, adquiere un tono doctrinal y enfático, no obstante su suavidad de seda acopladora y frágil, cuando habla en ella la sacerdotisa, la mujer que ha hecho de su arte y de su profesión una religión y un apostolado. Sus gestos son amplios e insinuantes. La línea de su boca se distiende cada vez más expresiva y sus ojos esmeralda se encienden en fulgores que iluminan el fondo de sus pensamientos y palabras.

—¿También tiene usted discípulos del sexo feo?

—También. Pero éstos son muy pocos, unos cuantos que vienen a pedirme que les enseñe, no precisamente los bailes acrobáticos ni clásicos, sino meramente los de salón, con sus pasos automáticos e invariables, al compás de la música que toquen...

Ellos constituyen, según la joven profesora, el polo negativo de su plantel de alumnas, porque acuden a ella, no a lucirse, ni a desplegar su garbo ni sus gracias de movimiento, sino simplemente a no desentonar en sociedad.

—¿Qué bailes de salón enseña usted?

—Todo: tango, fox-trot, vals, blues, one-step, etc. Desde luego, que yo sólo les enseño lo más elemental de cada baile. Lo demás, una vez puestos en carril, que lo aprendan y ejecuten ellos por sí mismos, porque también hay mucho de individual y de caprichoso en los pasos modernos.

—¿También aprendió usted misma los bailes de salón?

—Sí, a la fuerza. En Nueva York, del '26 al '27 fui auxiliar y pareja de los célebres profesores y danzarines profesionales Arthur Murray y Ned Wayburn, al mismo tiempo que estudiaba ballet y canto.

Y ante mi gesto de sorpresa añadió:

—Sí también estudié canto, especializándome en *character singing*, de Mrs. Ariadne Homes-Edwards. Mis primeros profesores de canto fueron en Manila, antes de marcharme a América, la escandinava Mrs. Gilbert, el belga Alfred Riz y el ruso Elin. En Manila también comencé mis estudios de baile clásico con los rusos Markarova y Nijinsky, que se establecieron un tiempo aquí.

Para acabar de anonadarme, de sorpresa en sorpresa, terminó diciéndome:

—También arquee un poco. De soltera estudié de los maestros Morales y Abdón. Hasta aproveché la corta estancia de Piastro en Manila, para tomar algunas lecciones de él. Eso antes. Ahora, como ya no práctico, no me atrevo ni a abrir la caja de mi violín.

—¿Cómo entonces prefirió usted el baile a todo lo demás?

—Porque desde niña sentí que la danza me dominaba. No puedo oír una hermosa pieza musical, sin que sienta el impulso invencible de expresarla en movimientos rítmicos, sin exteriorizar mis sentimientos bailándola. Y además—añadió en tono de broma y de veras—porque, modestias aparte, el baile es, para los que me conocen y me han visto dedicada a diversas actividades artísticas, el arte que más me sienta y que práctico mejor.

La señora de Kleinman me cuenta que desde que, reveses de fortuna obligáronla a emigrar con su madre a Estados Unidos, ella que de niña y aun de moza conoció todos los sibaritismos y las ociosidades de la opulencia, pensó dedicarse de lleno a la profesión de danzarina clásica, para la que reunía todos los elementos necesarios para triunfar: juventud, belleza, talento.

Pero Cupido acechaba entretanto en una encrucijada próxima, y apenas trató ella de doblar la esquina, una saeta fué a clavársele hondo en mitad del corazón. Cuando se repuso del certero flechazo, ya estaba ligada su suerte con el teniente Kleinman, con quien se casó en Nueva York, hace cuatro años.

Tres años estuvieron residiendo en la bahía de San Pedro, en Los Angeles, California, donde había sido destinado su marido, y donde ella—no pudiendo olvidarse nunca de su viejo amor—puso una academia particular de baile, que pronto fué el punto de cita y reunión de las señoras e hijas de los demás oficiales del fuerte.

—Una Academia de Baile oficial, patrocinada por el gobierno, al igual que el Conservatorio de Música, y como sucede en muchas naciones europeas, para el cultivo de las danzas clásicas y folklóricas, es lo que necesitamos tener aquí. Precisamente, hoy que pronto va a inaugurarse nuestro Teatro Metropolitano, ¿por qué no hemos de tener un cuerpo de baile, como el *ballet imperial* de la Rusia de los Zares? No diré tan bueno; pero siquiera que tengamos algo parecido, aunque remotamente.

Carmen Macleod de Kleinman tiene razón. ¡Sí! Si hemos tenido a un Juan Luna y un Resurrección Hidalgo en pintura, si tenemos a una Luisa Tapales y a una Jovita Fuentes en el canto, que han conquistado y siguen conquistando fama para sí y para su país, ¿por qué no habremos de tener a una Antonia Mercé (*La Argentina*) o a una Ruth St. Denis filipina, que con la gracia de sus gestos y el ritmo de sus pasos den a conocer al mundo la caricia, hecha movimiento, de la "cariñosa", o el arrebato, plasmado en mímica, del "incoy-incoy"?

JUANITO.